

El secreto de Vesalio

Jordi
Llobregat



I

1888, Barcelona. Port Vell.
Cerca del muelle de Lazareto

Tras escudriñar las sombras por tercera vez, el viejo mal-dijo entre dientes. El silencio le rodeaba, un silencio tan solo roto por el golpeteo del agua contra el casco. La lluvia, azotada por el viento, caía a rachas sobre la barca y empapaba la toldilla y las cajas de tabaco almacenadas debajo. A esas horas, cuando la mañana empezaba a insinuarse, la bruma envolvía el Port Vell y el muelle, y los barcos anclados y los edificios de las atarazanas eran simples borrones; apenas se intuía el borde de la costa y cabotear tan cerca de las escolleras del puerto se convertía en algo muy arriesgado. Sin embargo, lo había hecho antes cientos de veces y todavía lo haría algunas otras más. No estaba inquieto por esta razón. Lo que le hacía sentir como si tuviera lastre en el estómago era la certeza de que aquella noche algo iba a salir rematadamente mal.

Se alzó la brisa y picó el agua. Sus ojos, cercados por una legión de arrugas, escrutaron la embarcación desde la proa, donde dormitaba su hijo, hasta la vela de algodón —bien sujeta al mástil—, que comenzó a drapear. Tiró del cabo con la habilidad de la costumbre y, tras comprobar satisfecho cómo la lona volvía a llenarse de aire, lo aseguró en la bita de madera. Contrajo las manos y sus dedos cubiertos con guantes de lana protestaron como cuerdas viejas. La humedad le calaba los huesos haciendo

inútiles las pesadas ropas que vestía. Suspiró. Cada día se le hacía más duro aquel trabajo, dentro de poco no podría manejar la barca. De hecho, intuía que no llegaría a ver el final de siglo, ni las maravillas que todo el mundo anunciaba, aunque, ¿a quién le importaban esas malditas máquinas? ¿Qué chiflado podía creer que eran mejores aquellos ruidosos artefactos que los buenos brazos de un hombre? Escupió al agua y viró el timón una cuarta.

Dejaron la montaña de Monjuich a babor y la ciudad, antes invisible, fue perfilándose poco a poco entre la bruma. El viejo condujo la embarcación hacia las inmediaciones del muelle de Lazareto donde le esperaban para descargar, evitando así probables miradas desde el castillo y a los buques de vapor que a esas horas empezaban a cruzar las aguas.

La corriente les empujó hacia las rocas. Aferraba la caña para corregir el rumbo cuando un movimiento en la superficie del agua reclamó su atención. Cerca de la dársena la niebla era menos densa y podía distinguir el rompeolas salpicado de espuma. A pocos metros, entre maderos y restos de aparejos, flotaba un bulto de gran tamaño. Al instante, el mar lo cubrió y no volvió a emerger. El viejo chasqueó la lengua y esperó. No sería la primera vez que uno de los mercantes perdía parte de la carga. Un golpe de suerte para aquellos que la hallaban.

Pasó el tiempo y empezó a creer a regañadientes que su mente le había jugado una mala pasada. Se disponía a sacar la barca de la corriente cuando escuchó un chapoteo. El bulto apareció de nuevo, unas brazas más cerca, balanceándose con el oleaje. El viejo amplió la sonrisa hasta mostrar sus dientes ennegrecidos y desplazó el timón. Al llegar a su altura, comprobó que se trataba de un cajón de roble tan grande como una barrica de vino. Por los sellos estampados en la madera dedujo que era francés. Todavía mantenía las sogas fuertemente atadas; por tanto, se conservaría estanco, lo que resultaba muy importante: la mercancía del interior no estaría estropeada por el agua. Los *gabachos* solían transportar porcelanas, paños de cali-

dad y licores. Cualquiera de estas mercancías bastaba para sacar una buena tajada. Sujetó el timón y volvió la vista hacia su hijo.

—*Apa*, levanta y coge el bichero.

El chico lo miró sin comprender hasta que descubrió el cajón flotando a su lado. Se alzó a trompicones y rebuscó bajo la bancada. Tras apartar la red de pesca y unas cuerdas, extrajo una larga vara de la que sobresalía una punta de hierro y un garfio en su extremo. Siguiendo las instrucciones de su padre, tendió la percha hasta atrapar una de las sogas que amarraba el cajón. El viejo, provisto de un regatón, tiró del otro lado. Poco a poco, lo arrimaron al costado de la barca y se aprestaron a subirlo a bordo.

—Venga. Con cuidado... ¡Santo Dios!

Una garra antropomórfica de dedos afilados aferró el brazo del anciano. Incrédulo, se quedó mirándola paralizado mientras aquello tiraba de él hacia las aguas oscuras. Antes de que pudiera reaccionar, una ola balanceó el bote y la fantasmal aparición se desvaneció ante sus ojos como si no hubiera existido.

El muchacho corrió por la cubierta y tiró de la tela que envolvía el fanal. La luz reveló a una criatura flotando junto al cajón. A duras penas se sostenía por encima del agua aferrada a las sogas. En su rostro, dos huecos oscuros ocupaban el lugar de los ojos. Su semblante se deformó en una mueca grotesca al intentar hablar pero, en lugar de palabras, de su boca brotó un balbuceo ininteligible seguido de un gemido. No parecía que pudiera aguantar mucho más los embates del mar.

Tras un instante de duda, el viejo ordenó a su hijo:

—Mantén quieto el cajón.

El muchacho no se movió. Lívido, no lograba apartar la mirada del engendro. En ese instante, una nueva ola los volvió a separar.

—¡Demonios, hijo!

—Padre, ¿está... está usted seguro?

El cajón empezó a hundirse.

—*Vinga!*

El chico tomó la percha de nuevo y, clavando el garfio en la madera, retuvo el cajón contra la barca. Mientras, su padre aseguró las piernas en la bancada y asió con ambas manos el brazo que le tendía la criatura. Su tacto era frío y resbaladizo. El viejo cerró los ojos, tomó aire y tiró con fuerza.

La criatura rodó sobre la cubierta hasta quedar tendida de espaldas. En lugar de cola de pez, como el viejo esperaba, tenía piernas. Estaba completamente desnudo, carecía de vello y su piel era tan blanca que parecía transparente. En su estómago asomaban los bordes ennegrecidos de una herida terrible. Al muchacho le recordó a los peces descamados de la lonja.

El viejo se acercó con cautela, se inclinó y tanteó aquel torso intentando encontrar alguna señal de vida. Se estremeció al observar otras heridas que le cruzaban el pecho. Presionó levemente y su mano se hundió en la carne como si esta fuera manteca. Un hedor nauseabundo emanó de su interior. El hombre se apartó a trompicones hasta caer entre las cajas de tabaco, apenas controlando su horror. Su hijo se apresuró a socorrerle y aferrados el uno al otro observaron la maltrecha figura inmóvil.

—Padre, ¿qué hemos subido a la barca?

—Como que Dios es Cristo que no tengo idea.

De repente, el cuerpo de la criatura se iluminó con un resplandor y trazó bajo la piel un dibujo similar a las ramas de un árbol. Tras un leve parpadeo, el fulgor desapareció tal y como había venido. Padre e hijo se santiguaron al unísono.



Retorno

Veinticuatro días antes de la inauguración
de la Exposición Universal

—Esto es todo, caballeros.

Un clamor de bancos deslizándose se elevó sobre el silencio del aula. Desde la tribuna, el joven profesor recogió los papeles y los guardó en su cartera mientras observaba el desfile de estudiantes hacia la salida. Deseaba aparentar seriedad, pero su sonrisa le traicionaba. Acababa de concluir su segunda semana de clases en la universidad, la misma en la que se había titulado tan solo unos meses antes.

Sus pasos le llevaron junto a uno de los ventanales del aula. Fuera, nubes oscuras cubrían el cielo, pero, a diferencia de otros días, el gris de ese ambiente no enturbió la felicidad que sentía. Un largo y tortuoso camino le había llevado hasta aquel atril y maldita sea si no se lo había ganado. Su mirada recorrió los edificios del campus. Estaba a punto de soltar un suspiro de satisfacción cuando una voz le reclamó a su espalda:

—¡Profesor Amat!

En la puerta esperaba un estudiante.

—¿Sí?

—Disculpe, profesor, sir Edward desea verle.

—Enseguida voy.

Qué bien sonaba. Profesor. Profesor y miembro del Magdalen College, uno de los más prestigiosos colegios de la Universidad de Oxford. Cubría la baja del doctor Brown, por desgracia enfermo de gota, pero eso no le restaba importancia. No tardaría en obtener un puesto pro-

pio. La oportunidad ya se había presentado y no pensaba dejarla escapar. Recogió sus pertenencias y dejó la sala donde pasaría el trimestre impartiendo clases de griego. En el pasillo, notó las miradas que seguían sus pasos. Los alumnos todavía le observaban con curiosidad.

Al salir al exterior se ajustó la toga. La lluvia, acompañada de un viento helado, recorría el campus. Aunque se encontraban a finales de abril, los días continuaban siendo fríos. Tomó el camino de tierra con andar rápido, consciente del bullicio que brotaba del interior de las aulas y se extendía por todo el *college*. El curso lectivo estaba en su apogeo. Dejó a su derecha la capilla donde el coro ensayaba y atravesó el pórtico que conducía a un patio rodeado de edificios cubiertos de hiedra. Sin dudarlo, encaminó sus pasos por el sendero de grava que partía en diagonal el parterre. Se estaba empapando pero no le importó, se sentía tan bien que apenas contenía las ganas de dar saltos.

Walter le abrió la puerta en cuanto lo vio acercarse. El anciano era toda una institución en el colegio. Decían los estudiantes que ocupaba aquel puesto de conserje desde la fundación de la universidad, algo sumamente improbable dado que la institución existía desde cuatrocientos años antes. Sin embargo, aquel cuerpo encogido como una pasa y su rostro deformado por innumerables arrugas hacían preguntarse si el rumor no tendría algo de cierto. El anciano era bien conocido por sus trapicheos; podía conseguir tabaco, licor o cualquier otra exquisitez por un precio conveniente. Por supuesto, esta clase de transacciones estaban prohibidas, por lo que el negocio de Walter prosperaba.

—Señor Amat... Oh, disculpe. —Su media sonrisa le traicionó—. *Profesor* Amat...

Daniel inclinó la cabeza y le saludó a su vez. Sabía que, a pesar de considerarlo un «maldito extranjero» —tal y como lo había llamado la primera vez que se conocieron—, el anciano le apreciaba.

—Señor Walter, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—No tan bien como usted, supongo. Hace un frío de mil demonios y me duelen todos los huesos.

—Creo que una solución de yodo le iría perfectamente. También puedo aconsejarle un excelente médico.

La cara del anciano adoptó un gesto ofendido.

—¿Por quién me toma? A buenas horas iba yo a fiarme de un matasanos.

Daniel sonrió.

—Sir Edward me está esperando.

—Por supuesto, profesor, suba, suba. No se demore por culpa de este viejo achacoso que en cualquier momento abandonará el mundo de los vivos.

Daniel no consiguió evitar una carcajada.

—Gracias, señor Walter. Más tarde quizá necesite una de esas botellas que guarda en su almacén.

—Veré qué puedo hacer. —Esbozó una mueca que quería ser resignada—. No le prometo nada. —Le dio la espalda y se internó murmurando entre las sombras de la portería.

Daniel subió la escalera mientras pensaba en los ilustres profesores que habían pisado aquellos mismos escalones. En un instante alcanzó el primer piso. La puerta del despacho del rector, situada al final de un corto pasillo, estaba entornada. Daniel llamó prudentemente. Una voz le invitó a entrar.

El lugar de trabajo del veterano rector era austero. Una alfombra cubría el suelo hasta chocar como una ola contra el escritorio que presidía la habitación y una biblioteca de nogal recorría las paredes de uno a otro lado. Al fondo, a la izquierda, entre dos sillones orejeros, un fuego ardía en una chimenea de estilo victoriano adornada con un cuadro de la batalla de Bannockburn. Daniel conocía bien aquel despacho. Allí había pasado muchas horas, algunas de ellas las más felices que recordaba. El rector había sido su tutor durante los primeros años. Con el tiempo, la incipiente amistad se convirtió en una relación similar a la de un padre con su hijo.

—Querido Amat, no se quede en la puerta.

Pasada la cincuentena, las ojeras y el pelo lacio en franca retirada, no borraban la expresión bonachona del rostro de sir Edward Warren. Historiador muy bien considerado en los círculos intelectuales más selectos, gozaba asimismo de un considerable prestigio como orador. Experto en lenguas muertas, la misma materia que Daniel enseñaba, había accedido diez años antes al cargo de *president* o rector —como él prefería llamarse—, tras fallecer su predecesor.

—¿Cómo le ha ido el día? —preguntó.

Daniel intentó ordenar los pensamientos, aunque su mente se empeñaba en saltar de uno a otro. Se sentía eufórico y abrumado, todo a la vez.

—Eh... estupendo, sir Edward.

—Me alegro mucho. Ya sabe que tengo muchas esperanzas puestas en usted.

—Gracias, señor, espero ser merecedor de su confianza.

El rector descartó la duda con un gesto de la mano y se balanceó en el asiento poniéndose más cómodo.

—¿Cuánto hace que llegó usted a Oxford? ¿Seis años?

—Casi siete.

—¡Siete! Cómo pasa el tiempo, demonios. —Entre cerró los ojos—. Aún lo recuerdo a usted entrando por esa puerta recién llegado de Barcelona.

A Daniel se le oscureció la cara. El rector, ajeno a su reacción, continuó rememorando.

—Sí... Completamente empapado a causa del aguacero de aquella noche, y con su maleta como único equipaje. Las primeras palabras que me dirigió fueron tan ininteligibles y su aspecto... Dios mío, ¡horrible! Por un momento estuve tentado de llamar a la policía, ¿lo sabía? —preguntó, soltando una carcajada.

Daniel negó con la cabeza.

—Siempre me he preguntado qué le motivó a venir. Ha sido usted muy discreto al respecto.

—Usted sabe que Oxford es conocida como la mejor universidad del mundo. Simplemente deseaba estudiar aquí.

—Sí, sí, sin duda. —Se irguió sir Edward—. Lo cierto es que hace mucho que dejó de ser aquel muchacho... Se ha convertido en todo un hombre, con un brillante porvenir.

—Eso espero, señor.

—Pues claro, Amat —añadió entusiasmado el rector—, estas dos semanas ha sustituido al señor Brown de un modo más que satisfactorio. Justamente, por ese motivo quería verle.

Sir Edward hizo una pausa antes de proseguir.

—Su capacidad está fuera de toda duda. Nos ha dado razones más que justificadas para sentirnos satisfechos. Ayer, los miembros del departamento académico nos reunimos en el encuentro mensual. Entre otros asuntos, acordamos por unanimidad ofrecerle un puesto en la asignatura de Lenguas Clásicas para el resto del curso. ¿Qué le parece?

Una intensa emoción inundó a Daniel. No esperaba aquel ofrecimiento tan pronto. Sir Edward amplió la sonrisa ante la reacción de su protegido.

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Acepta o no?

—Por... por supuesto, señor. Claro. ¡Es... es fantástico! Le estoy muy agradecido, señor.

—Tonterías. Esta oferta es el fruto de su esfuerzo. La dedicación que ha mostrado nos ha asombrado a todos sin excepción. Pocas veces he visto a alguien tan dotado como usted.

El rector se levantó y fue hacia una bandeja de bebidas. Llenó dos copas de *brandy* con generosidad.

—Creo que esta noticia va a satisfacer también a mi hija, ¿no cree? —añadió socarrón—. Me congratula pensar que pronto se convertirá en mi yerno. Esta noche, como ya sabe, vamos a celebrar una velada ciertamente especial. Anunciar su compromiso me hace muy dichoso. Alexandra es todo lo que me queda. Usted la hará feliz, estoy seguro de ello.

—Amo a su hija.

El rector asintió complacido, le ofreció una de las copas y susurró:

—Deseo prevenirle para que luego no me lo reproche. Alexandra es, al igual que su madre, una criatura maravillosa. Hermosa, con grandes aptitudes, bien educada para llevar la casa y... con un insoportable e impredecible temperamento galés —le guiñó un ojo—. Al fin y al cabo, ¡Gales es país de dragones!

Se echaron a reír los dos. Daniel apreciaba profundamente a aquel hombre que pronto se convertiría en su suegro. Le había acogido cuando más necesitado estaba. Sin exigir explicaciones, le ofreció su saber y su amistad. Cuando creía haberlo perdido todo, sir Edward le había brindado una nueva oportunidad. Jamás podría devolver todo lo que había recibido de él.

—Brindemos, Amat, ¡por los nietos que me va a dar!

Entrechocaron las copas y Daniel se mojó los labios por deferencia al rector. Después se levantó, dejando casi intacta su bebida sobre la mesa.

—Sir Edward, me requieren algunas cuestiones antes de la cena de esta noche. Con su permiso, me retiro.

—No faltaba más. También a mí me ha llegado el rumor de cierta fiesta organizada por sus antiguos compañeros. No se preocupe, mis labios están sellados. Aunque no se le ocurra llegar tarde a cenar o Alexandra le matará.

Sir Edward rió con ganas mientras acompañaba a Daniel hasta la puerta.

—Ah. —Se detuvo—. Casi lo olvidaba. Espere un instante.

Volvió al escritorio y rebuscó entre los documentos que había sobre la mesa hasta que, con gesto de triunfo, levantó en el aire un sobre color mostaza.

—Esta mañana ha llegado esta comunicación para usted.

—¿Un telegrama? ¿Para mí?

—Así es, expedido en Barcelona.

Daniel cogió el sobre de la mano tendida del rector; sus nervios le traicionaron y a punto estuvo de dejarlo caer. El anciano no advirtió su turbación y Daniel consi-

guió guardar el telegrama en el bolsillo de su abrigo sin más incidentes.

—Si me disculpa, lo leeré más tarde. Tengo... muchas cosas que hacer todavía.

—Vaya, vaya.

Daniel salió por la puerta y se marchó lo más rápido que sus temblorosas piernas le permitieron.

Al llegar a su antigua habitación se dejó caer sobre la silla. El final de sus estudios, la concesión del puesto de profesor y el compromiso con Alexandra se habían sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de mudarse. Sus baúles esperaban en un rincón. Le faltaba empaquetar los libros y algo de ropa. Sin embargo, en aquellos instantes no le importaba lo más mínimo. El júbilo de la mañana se había esfumado. La inesperada oferta de trabajo y su cercana boda parecían formar parte de la vida de otra persona. Dirigió la vista hacia el pequeño sobre que esperaba encima de su escritorio.

¿Cómo era posible después de tanto tiempo?

Llevó su mano hasta la nuca con el mismo gesto inconsciente de los últimos siete años. Las yemas de sus dedos recorrieron los pliegues encallecidos que el fuego había grabado para siempre en su piel. Aquellas aristas de carne muerta no dejaban de recordarle su pasado. A punto estuvo de soltar una carcajada. Qué ingenuo había sido al creer que todo acabaría olvidándose. Un simple telegrama había bastado para romper aquella ilusión en pedazos.

Abandonó la silla. De un manotazo recogió el sobre y lo rasgó. En su interior encontró un papel rosado doblado en dos. Lo desplegó con dedos temblorosos ante sí. Sus ojos se pasearon sin leer por las filigranas de la escritura hasta que logró serenarse y centrar la vista.

Siete años se esfumaron de golpe.

Dejó caer la mano y se sostuvo contra el marco de la ventana. A sus pies, los campos del colegio desaparecían bajo la lluvia oscura y continua. Después de tantos años, lo

habían encontrado. Sabía que más pronto o más tarde podía suceder, pero nunca imaginó que fuera así. Se preguntó si debería experimentar alguna clase de dolor o pena, aunque, dentro de sí sólo encontró rabia y culpabilidad. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la ventana. Intentó detener la angustia que crecía en su interior. Apretó las mandíbulas y su cuerpo se tensó. El dolor recorrió la vieja cicatriz como un latigazo. Estrujó el telegrama entre las manos y lo lanzó lejos. Sólo entonces las lágrimas asomaron para mezclarse con las gotas de lluvia que corrían por el cristal.

